

Al volver sobre la [25 encuesta Global Anual de CEO de PwC, Reimaginando los resultados que importan](#), esta vez queremos reflexionar sobre el hecho consistente en que para los líderes empresariales son más preocupantes los Riesgos cibernéticos, para la salud o la volatilidad macroeconómica que la desigualdad social, la que obtuvo el menor porcentaje en las respuestas.

La desigualdad ha acompañado a las empresas durante siglos y, por otra parte, ninguna empresa individualmente considerada puede producir su reducción. Los pobres en todo el mundo aguantan sin quejarse. Estos parecen ser los argumentos para considerar que no hay que preocuparse por que dicha desigualdad impida el comportamiento empresarial. Normalmente tales argumentos son ciertos excepto cuando se produce una revolución, que puede sobrevenir por acciones físicas de los habitantes de un territorio, como ceses o paros, bloqueo de vías de comunicación o mediante acciones sorpresivas, o al menos no deseadas por algunos, como votaciones a favor de candidatos pertenecientes a corrientes que no han estado en el Gobierno. En Europa los movimientos socialistas (sociales) desbancaron a los partidos tradicionales. En Bogotá la izquierda ha sido capaz de elegir varias veces al alcalde de la ciudad. Se dice que eso ocurrirá en nuestras próximas elecciones presidenciales y así se han explicado reuniones como la sostenida entre Petro y Gaviria.

No es nuestro deseo meternos en la política de las elecciones sino reflexionar sobre el

valor económico que le asignamos a la desigualdad social. Es esta la que en gran medida se encuentra en la economía informal, que ha permanecido prácticamente estable a través de 50 años. El peso económico de ella es bien grande y, consecuentemente, importante para todas las políticas macro y microeconómicas.

A los empresarios no les importa mucho el fenómeno anotado porque los informales les compran en efectivo y no les piden factura. Ante los ingresos crecientes los demás factores se olvidan.

Cuando el Gobierno crea precios artificiales, los empresarios se satisfacen en intercambiar bienes o servicios con los informales a quienes les cobran precios más altos. Otra vez lo que define su comportamiento son los ingresos que se obtienen por la vía que estamos comentando.

Como la desigualdad impulsa la solicitud de empleo tenemos una demanda de oficios no calificados muy grande, al punto que los empresarios pueden escoger y si alguno no les gusta pueden reemplazarlo rápidamente. Estas personas que llegan a trabajar en medio de su dificultad económica admiten miles de abusos, que empiezan por los malos tratos, el exceso de horas de trabajo que no se remuneran, la artificiosa idea según la cual las horas nocturnas no empiezan a las 6 p.m. sino luego de las 9 p.m., los cada vez más públicos casos de acoso. Finalmente, al que se queja lo botan y se escoge otro de la gran cola.

Hernando Bermúdez Gómez